

CAPÍTULO 62

Unos treinta y ocho años tenía mi madre cuando murió. Ahora yo podría ser su padre.

Después de su entierro, mi padre y yo nos quedamos varios días en casa. Él no fue a trabajar y yo no fui al Tajkemoní. La puerta de casa permanecía todo el día abierta. Desde por la mañana, no dejaban de venir a vernos vecinos, conocidos y parientes. Algunas buenas vecinas se encargaban de ofrecer refrescos a los visitantes, así como café, masitas y té. De vez en cuando, me invitaban a ir un rato a sus casas a comer algo caliente. Allí probaba, educadamente, una cucharada de sopa, masticaba media albóndiga y volvía corriendo junto a mi padre. No quería dejarlo solo. A pesar de que no estaba solo: desde la mañana hasta las diez o diez y media, nuestra casa estaba llena de personas que venían a presentar sus condolencias. Las vecinas reunieron sillas y las dispusieron en círculo a lo largo de las paredes de la biblioteca. En la cama de mis padres, había montones de abrigos extraños todo el día.

El abuelo y la abuela se exiliaban durante casi todo el día a la otra habitación por deseo de mi padre, pues su presencia le agobiaba: el abuelo Alexander estallaba de vez en cuando en un ruidoso llanto ruso, un llanto hiposo, mientras que la abuela Shlomit no dejaba de correr entre los huéspedes y la cocina, les quitaba de las manos casi a la fuerza las tazas y los platos de postre, enjabonaba cada taza con detergente, la fregaba bien, la secaba, la volvía a poner en el armario y regresaba a la habitación. Cada cucharita que no se limpiaba de inmediato le parecía, a la abuela Shlomit, un malvado agente de las fuerzas causantes de la tragedia.

Allí, en la otra habitación, mi abuelo y mi abuela permanecían con algunos de los que ya nos habían dado el pésame a mi padre y a mí, pero consideraban apropiado quedarse un rato más. El abuelo Alexander, que quería mucho a su nuera, y a quien siempre le había inquietado su tristeza, no dejaba de ir y venir por la habitación, moviendo la cabeza de arriba abajo como llevado por una ironía furibunda, y de pronto dejaba escapar un profundo lamento:

–¿Cómo ha podido pasar? ¿Cómo? ¡Bella! ¡Joven! ¡Con tantas cualidades!
¡Tan afortunada! ¿Cómo ha podido pasar? ¿Me lo pueden explicar?

Y se quedaba en un rincón de espaldas a todos, gimiendo como si tuviera hipo, con los hombros agitándose violentamente.

La abuela lo reprendía:

–Zisia. Por favor, déjalo. Ya basta. Lonia y el niño no pueden soportar que te comportes así. ¡Déjalo ya! ¡Contrólate! ¡Por favor! ¡Toma ejemplo de Lonia y del niño! ¡Mira cómo se comportan! ¡Por favor!

El abuelo la obedecía al instante, se sentaba y se tapaba la cara con las dos manos. Pero un cuarto de hora más tarde le volvía a salir del corazón, un llanto desesperado:

–¡Tan joven! ¡Y bella! ¡Bella como un ángel! ¡Joven! ¡Con tantas cualidades! ¿Cómo ha podido pasar? ¿Me lo pueden explicar?

Vinieron las amigas de mi madre, Lilia Bar Samka, Rohele Engel, Esterika Weiner, Fania Weissman y una o dos mujeres más, compañeras suyas de la época del instituto Tarbut. Tomaron té y hablaron de los días del instituto. Recordaron la juventud de mi madre, al fascinante director Isacar Rais, del que todas las chicas estaban enamoradas en secreto y cuyo matrimonio no era del todo feliz. También hablaron de otros profesores. Entonces la tía Lilienka se dio cuenta y le preguntó a mi padre con delicadeza si esa charla, esos recuerdos, esas anécdotas lo hacían sufrir. Si no prefería que cambiasen de tema de conversación.

Pero mi padre, que, cansado y sin afeitarse, estaba todo el día sentado en la silla donde mi madre pasaba las noches de insomnio, sólo movió la cabeza con indiferencia y con un gesto de la mano indicó: sigan.

La tía Lilia, la doctora Lea Bar Samka, insistió en que ella y yo teníamos que hablar cara a cara, a pesar de que intenté escabullirme educadamente. Como en la otra habitación estaban la abuela y el abuelo, y otros familiares de mi padre, y la cocina estaba tomada por las vecinas y también la abuela Shlomit entraba y salía de allí sin cesar para frotar cada plato y cucharita, la tía Lilia me tomó de la mano, me llevó al cuarto de baño y cerró la puerta con llave. Me resultaba extraño e incluso repulsivo estar encerrado con aquella mujer en el cuarto de baño. Sólo en las fanta

sías más turbias había tenido experiencias así. Pero la tía Lilia me sonrió amablemente, se sentó encima de la taza del inodoro y a mí me hizo sentar enfrente, en el borde de la bañera. Me miró durante unos segundos en silencio, con gran compasión, con los ojos llenos de lágrimas, y después empezó a hablar durante unos minutos, no sobre mi madre ni sobre el instituto de Rovno, sino sobre la gran fuerza del arte y la relación entre el arte y la vida interior del alma. Se me encogió un poco el ombligo ante esas palabras.

Después la tía Lilia cambió el tono de voz y me habló sobre mi nueva y adulta responsabilidad: desde ese momento debía ocuparme de mi padre, dar algo de luz a la oscuridad de su vida y concederle al menos cierto descanso, por ejemplo, destacando en los estudios. Luego pasó a hablar de mí y de mis sentimientos: necesitaba saber qué había pensado cuando me enteré de la tragedia, qué había sentido en ese momento y que sentía ahora. Y, para ayudarme, la tía Lilia empezó a enumerar una serie de sentimientos, como instándome a elegir algunos o pidiéndome que tachara lo superfluo: ¿Tristeza? ¿Miedo? ¿Preocupación? ¿Nostalgia? ¿Tal vez algo de rabia? ¿Estupor? ¿Culpabilidad? Porque habrás oído o leído que en situaciones así también aparecen, algunas veces, sentimientos de culpa, ¿no? ¿Y qué me dices del sentimiento de incredulidad? ¿De dolor? ¿O del rechazo a reconocer la nueva realidad?

Pedí disculpas y me dispuse a irme. Por un momento temí que, al cerrar la puerta, la tía Lilienka se hubiese guardado la llave del baño en el bolsillo y no me dejase salir hasta que le contestase a cada una de sus preguntas. Pero la llave estaba en su sitio, en la cerradura. Al salir, aún pude oír, a mis espaldas, su voz preocupada:

–Puede que realmente todavía sea un poco pronto para mantener esta conversación. Sólo quiero que, en el momento en que te sientas preparado, no dudes ni un instante en venir a hablar conmigo. Estoy segura de que a Fania, tu pobre madre, le gustaría mucho que entre tú y yo continuara habiendo una profunda relación.

Huí.

En el salón había tres o cuatro dirigentes del partido Jerut de Jerusalem, hombres conocidos en la ciudad. Ellos y sus compañeras habían quedado en un café y, juntos, como una pequeña delegación, habían venido a mostrarnos sus condolencias. Habían decidido de antemano intentar distraer a mi padre hablando

de política: por aquellos días la Kneset estaba debatiendo el acuerdo de reparación que el primer ministro Ben Gurión había firmado con el canciller de la Alemania occidental, Adenauer; un acuerdo que el partido Jerut consideraba una afrenta y un ultraje, un insulto al recuerdo de las víctimas de los nazis y una mancha imborrable sobre la conciencia del joven Estado. Varios de ellos estaban convencidos de que nuestra obligación era impedir ese acuerdo a cualquier precio, aunque hubiese derramamiento de sangre.

Mi padre apenas participó en la conversación y se limitó a asentir dos o tres veces, pero yo me encendí y me atreví a decir algunas frases delante de los poderosos de Jerusalem, y así me liberé un poco de la opresión de la conversación del baño: como el chirrido de una tiza en la pizarra habían sido para mí las palabras de la tía Lilia. Durante varios años mi cara se contraía de pronto en una mueca involuntaria cada vez que recordaba aquella conversación en el baño. Y aún hoy cada evocación de ella me parece un mordisco en una fruta podrida.

Los dirigentes regionales del Jerut, ayudados por la indignación que les causaba el acuerdo de reparación, pasaron después a la otra habitación a mostrar también sus condolencias al abuelo Alexander. Yo me fui con ellos, pues quería seguir participando en la discusión sobre los planes de golpe de Estado, cuya finalidad consistía en impedir ese acuerdo ultrajante con nuestros asesinos y también en derrocar por fin al gobierno rojo de Ben Gurión. Y también me fui con ellos a la otra habitación porque la tía Lilia había salido del cuarto de baño y le estaba pidiendo a mi padre que se tomase un estupendo tranquilizante que había traído y que enseguida le haría sentirse mucho mejor. Pero mi padre hizo una mueca y lo rechazó. Y en esa ocasión incluso olvidó darle las gracias.

Vinieron el matrimonio Toren, los Lemberg, los Rosendorf, los Bar Yitzhar, vinieron Getzel e Isabel Najlieli de La Patria del Niño y otros conocidos y vecinos de Kerem Abraham, y vino el tío Dudek, el comisario de policía, con Tosia, su agradable mujer, y el señor Feferman con los trabajadores de la hemeroteca, y vinieron otros bibliotecarios de todos los departamentos de la Biblioteca Nacional. Vinieron Stashek y Mala Rodnitzky, y algunos intelectuales y libreros, y el señor Yehoshua Czeczik, el editor de mi padre en Tel Aviv. También apareció el tío Yosef, el profesor Klausner; una tarde entró en casa agitado y espantado, vertió en el

hombro de mi padre unas silenciosas lágrimas de anciano y murmuró: «Una pérdida irreparable». Vinieron nuestros conocidos de los cafés y los escritores de Jerusalem, Yehuda Yaari, Shraga Kadari, Dov Kimhi y Yitzhak Shenhar, y vino el profesor Halkin y su compañera, y también el profesor Benett, el experto en historia del islam, y el profesor Yitzhak Fritz Bear, el experto en historia de los judíos en la España cristiana. Y con ellos vinieron tres o cuatro profesores jóvenes y ayudantes cuya estrella empezaba a dominar en el firmamento universitario. Vinieron también dos de mis profesores del colegio Tajkemoní, y varios de mis compañeros, y los Krohmal, Toshia y Gustav Krohmal, de la fábrica de reparación de juguetes y curación de muñecas heridas, que ahora se llamaba Hospital de Muñecas. Vinieron Tzarta y Yacob-David Abramsky, cuyo primogénito, Yonatán, murió al final de la guerra de la Independencia cuando un francotirador jordano le disparó desde una ventana de la academia de policía que estaba al otro lado del frente. Doce años tenía Yoni cuando murió. La bala del francotirador le dio en la frente mientras jugaba en el patio de su casa un sábado por la mañana. Justo a la hora de su muerte, sus padres estaban en nuestra casa tomando té y torta, y cuando pasó la ambulancia con la sirena encendida por nuestra calle para recoger a Yoni, y unos minutos más tarde volvió a pasar camino del hospital, mi madre dijo, al oír el lamento de la sirena, que nos pasamos el día haciendo todo tipo de planes y resulta que hay quien se ríe en la oscuridad de nosotros y de todos nuestros planes. Y Tzarta Abramsky dijo que era verdad, que así era la vida, pero que, a pesar de todo, la gente seguiría siempre haciendo planes, porque si no reinaría la desesperación. Diez minutos después, llegó un vecino y llamó delicadamente a los Abramsky y salió con ellos al patio y les contó parte de la verdad y ellos salieron corriendo tras él tan deprisa que la tía Tzarta se dejó el bolso con la billetera y la documentación. Al día siguiente, cuando fuimos a mostrarles nuestras condolencias, mi padre le devolvió en silencio el bolso, después de abrazarla a ella y también al señor Abramsky. Ahora eran ellos quienes con lágrimas en los ojos nos abrazaban a mi padre y a mí, pero no traían ningún bolso.

Mi padre contuvo las lágrimas. En mi presencia no lloraba nunca. Estaba convencido de que las lágrimas eran buenas para las mujeres pero no para los hombres. Se pasaba todo el día sentado en la silla que había sido la de mi madre, poco a poco la barba en señal de luto iba oscureciéndole la cara, recibía a los huéspedes con un movimiento de cabeza, y con un movimiento de cabeza los despedía cuando se iban. Casi no hablaba por aquellos días, parecía que, con la muerte de mi madre, hubiese abandonado de pronto su costumbre de romper cualquier silencio. Ahora se pasaba días enteros sentado, sin decir nada y dejando

hablar a los demás, de mi madre, de literatura y de libros, de los cambios en la situación política. Yo intentaba buscar un sitio enfrente de él: apenas apartaba la vista de él durante todo el día. Y él, cuando yo pasaba junto a su silla, me daba una palmadita o dos en el brazo o en la espalda. Aparte de esa palmadita, no hablábamos entre nosotros.

Los padres y las hermanas de mi madre no vinieron a Jerusalem durante los días de duelo, ni los días siguientes: ellos guardaron luto por separado, en casa de la tía Haya en Tel Aviv, ya que le echaban a mi padre la culpa de la tragedia y no podían soportar verlo más. Incluso durante el funeral, eso me contaron, mi padre fue con sus padres, y las hermanas de mi madre con los suyos, y durante toda la ceremonia y el entierro los dos frentes no cruzaron ni una palabra.

Yo no estuve en el funeral de mi madre: la tía Lilia, Lea Kalish Bar Samka, a quien en casa se consideraba una experta en sentimientos y particularmente en educación infantil, temía el duro impacto del entierro en la mente del niño. Desde entonces ningún miembro de la familia Mussman pisó nuestra casa de Jerusalem, mientras que mi padre no iba a verlos ni intentaba establecer relación alguna, pues estaba muy dolido por las duras sospechas que recaían sobre él. Durante años tuve que saltar de un frente a otro. Durante las primeras semanas llevé mensajes indirectos respecto a los objetos personales de mi madre y, dos o tres veces, llevé los objetos mismos. Durante los años siguientes, mis tías me interrogaban prudentemente sobre la vida cotidiana en casa, sobre la salud de mi padre y del abuelo y la abuela, sobre la nueva mujer de mi padre e incluso sobre la situación económica, pero estaban muy atentas a interrumpir mis respuestas con palabras como: No me interesa saberlo. O: Basta. Ya hemos oído lo suficiente.

También mi padre a veces quería saber a través de mí algo sobre lo que hacían las tías, cómo estaban sus familias y cómo se encontraban el abuelo y la abuela de Kiriath Motzkin. Pero dos minutos después de empezar a contestarle, su rostro se ponía lívido de dolor y hacía con la mano un gesto de rechazo pidiéndome que lo dejase. Que no entrara en más detalles. Cuando murió mi abuela Shlomit, en el año 58, mis tías y mis abuelos maternos me pidieron que le transmitiese sus condolencias al abuelo Alexander, quien, a los ojos de los Mussman, era el único Klausner que tenía buen corazón. Y quince años más tarde, cuando le hablé al abuelo Alexander

de la muerte de mi otro abuelo, mi abuelo batió las manos, se las llevó a los oídos, alzó la voz y dijo, con rabia, no con pena: «¡Bozhe moy!¹¹⁹ ¡Aún era joven! ¡Una persona sencilla, pero interesante! ¡Profunda! ¡Diles a todos que mi corazón llora por él! Diles exactamente estas palabras, por favor: ¡El corazón de Alexander Klausner llora por la muerte prematura del querido señor Hertz Mussman!».

Incluso cuando pasaron los días de luto, cuando por fin se vació la casa y mi padre y yo cerramos la puerta y nos quedamos solos, casi no hablábamos. Aparte de las cosas imprescindibles: la puerta de la cocina se atasca. Hoy no ha llegado correo. El baño está libre pero falta papel higiénico. También evitábamos que nuestras miradas se encontrasen: como si nos avergonzásemos de algo, algo causado por nosotros y que no deberíamos haber causado, por lo que, al menos, era mejor avergonzarse en silencio y sin un compañero que supiese de ti todo lo que tú sabías de él.

De mi madre no hablábamos nunca. Ni una sola palabra. Ni tampoco de nosotros. Ni de temas que dejaran al descubierto alguna emoción. Hablábamos de la guerra fría. Hablábamos del asesinato del rey Abdallah y de los peligros de la segunda vuelta. Mi padre se esforzaba en explicarme la diferencia entre símbolo, metáfora y alegoría, y entre saga y leyenda. También me explicaba, con claridad y precisión, las diferencias entre liberalismo y socialdemocracia. Y todas las mañanas, incluso aquellas mañanas de enero, grises, brumosas y de llovizna, con las primeras luces llegaba siempre de fuera, de entre las ramas desnudas y mojadas, el cálido canto del pájaro helado Elisa: «Ti-da-di-da-di...», pero durante ese crudo invierno no lo repetía dos, tres o cuatro veces, como hacía en verano, sino que lo hacía sólo una vez. Y se callaba. De mi madre no he hablado casi nunca en toda mi vida hasta ahora, hasta escribir estas páginas. Ni con mi padre, ni con mi mujer, ni con mis hijos ni con nadie. Tras la muerte de mi padre, casi no hablé de él tampoco. Como si hubiese sido un niño expósito.

Durante las primeras semanas después de la tragedia, la casa se deterioró mucho. Ni mi padre ni yo quitábamos las sobras de la comida del mantel de la

¹¹⁹ Боже мой: ¡Dios mío!

cocina, no tocábamos los cacharros que metíamos en el agua turbia de la pileta de la cocina, hasta que no quedaba ninguno y había que pescar, de aquella inmundicia, dos platos, dos tenedores y dos cuchillos y fregarlos debajo de la canilla, usarlos y devolverlos a la pila de cacharros que ya olía mal. También el tacho de la basura estaba hasta el tope y apestaba, pues ninguno de los dos quería ir a vaciarlo. La ropa la tirábamos sobre cualquier silla de la casa y, si necesitábamos la silla, sencillamente tirábamos al suelo todo lo que había encima. Papeles, libros, cáscaras, pedazos de papel, pañuelos usados y pilas de periódicos amarillentos cubrían el suelo. Pelusas grises revoloteaban por toda la casa. Cuando la taza del inodoro se empezaba a atascar tampoco movíamos un dedo. Montones de ropa sucia se deslizaban desde el baño hasta el pasillo, donde los estaban esperando pilas de botellas vacías, cartones, sobres inservibles y viejos envases de productos alimenticios (así, más o menos, describí la casa de Fima en el libro *La tercera condición*).

A pesar de todo, en medio de aquel caos, en nuestra silenciosa casa reinaba un profundo respeto mutuo: mi padre renunció por fin a dictarme la hora de apagar las luces y dejó en mis manos esa decisión. Yo, por mi parte, al volver del colegio al piso vacío y descuidado, me preparaba una sencilla comida: un huevo duro, queso, pan, alguna hortaliza y unas sardinas o atún en conserva. Y también le preparaba a mi padre dos rebanadas de pan con tomate y huevo duro, aunque, casi siempre, mi padre comía algo antes, en la cafetería del edificio Terra Sancta.

Pese al silencio y la vergüenza, mi padre y yo estábamos unidos en aquella época, unidos como en el invierno anterior, un año y un mes antes de la tragedia, cuando empeoró la situación de mi madre y él y yo éramos como dos camilleros llevando juntos a su enferma por una escarpada pendiente.

Ahora nos llevábamos el uno al otro.

Durante aquellas semanas de invierno, no abrimos nunca la ventana. Como si temiéramos acabar con la pestilencia de la casa. Como si cada uno se encontrase cómodo con el olor corporal del otro, incluso cuando los olores se concentraban y se hacían insoportables. Bajo los ojos de mi padre aparecieron medialunas oscuras como las que tenía mi madre en sus días de insomnio. Me despertaba sobresaltado por las noches, e iba a hurtadillas, descalzo, a echar un vistazo a su habitación para ver si no estaba sentado en la silla como ella, despierto y mirando fijamente con tristeza a la ventana. Mi padre no se sentaba por las noches en la silla frente a la

ventana ni miraba fijamente las nubes o la luna. Él se compró un pequeño aparato de radio con un ojo verde, de la marca Philips, y lo puso en la cabecera de su cama, se tumbaba a oscuras y lo escuchaba todo: a medianoche, cuando terminaban los programas de Kol Israel y empezaba a sonar una prolongada y abatida sirena, mi padre se incorporaba y alargaba el brazo para buscar en el dial los programas de la BBC de Londres.

Un día, al atardecer, llegó de improviso la abuela Shlomit, con dos platos llenos de comida que había cocinado para nosotros. Nada más abrirle la puerta, se estremeció por el espectáculo que vieron sus ojos o por el hedor que le llegó a la nariz. Casi sin decir palabra, se dio vuelta y escapó. Pero al día siguiente, a las siete de la mañana, volvió a aparecer, en esa ocasión armada con dos asistentes y un completo arsenal de productos de limpieza y desinfección. Estableció su cuartel general en un banco del patio frente a la puerta y, desde allí, dirigió una operación que duró unos tres días.

Así, retornó el orden a la casa, y mi padre y yo no volvimos a descuidar las tareas domésticas. Una de las asistentes fue contratada para venir a casa dos veces por semana. La casa estaba ventilada y limpia, y dos o tres meses más tarde, también decidimos llamar a un pintor.

Pero, desde aquellas semanas de caos, no me he liberado de una obsesión por el orden que hasta hoy día amarga la vida de mi familia: cada pedazo de papel que no está en su sitio, cada periódico sin doblar o cada taza sin lavar, amenazan mi serenidad, si no mi lucidez. Como un policía de la KGB, como el monstruo de Frankenstein, y puede que también con la locura por la limpieza y el orden de mi abuela Shlomit, hasta hoy día peino la casa cada varias horas, aparto y escondo con crueldad en las profundidades de Siberia los desventurados objetos que tengan la mala suerte de cruzarse en mi camino, hago perderse en algún cajón olvidado de Dios cualquier carta o aviso abierto que alguien ha dejado un instante sobre la mesa para atender el teléfono, vierto en la piletta, lavo y dejo boca abajo en el secaplatos una taza de café que alguna de mis víctimas ha dejado sobre la mesa para que el café se enfriase un poco, quito sin piedad de toda superficie visible llaves, gafas, notas, medicinas, un pastel en un plato cuyo dueño, ingenuamente, le ha dado la espalda por un instante: todo cae de inmediato en las fauces del monstruo que tritura y hace

desaparecer todo para que haya por fin algo de orden en esta casa que está patas arriba. Para que esta casa no recuerde en lo más mínimo cómo estaba la casa de mi padre y mía los días en que acordamos en silencio absoluto que era mejor sentarse en el polvo y frotarse con un cascote, dar muestras visibles de nuestro duelo, sólo para que ella lo supiera.

Después, mi padre se levantó un día y, con rabia incontenible, se lanzó contra los cajones de mi madre y contra su parte del armario: sólo se salvaron de su ira algunos objetos que las hermanas y los padres de mi madre querían de recuerdo. De eso me encargué yo, y una de las veces que fui a Tel Aviv, se los llevé en una caja de libros atada con gruesas cuerdas. El resto, vestidos, faldas, zapatos, ropa interior, cuadernos, medias, pañuelos de la cabeza y del cuello y hasta sobres llenos de fotografías de la infancia, todo lo metió mi padre en unas bolsas tupidas que había traído de la Biblioteca Nacional. Y yo lo seguí como un perrito, de habitación en habitación, mirando la tempestad de sus actos, sin ayudarlo y sin molestarlo. Sin abrir la boca, miré a mi padre cuando sacó con rabia el cajón de la mesita de luz de mi madre, donde había dos o tres joyas sencillas, cuadernos, cajas de pastillas, un libro, un pañuelo, un antifaz y algunas monedas pequeñas, lo dio vuelta y lo vació dentro de uno de sus bolsas. No dije ni una palabra. Y la polvera y el cepillo de mi madre y sus cosas de aseo y el cepillo de dientes. Todo. Mudo y aterrado, permanecí apoyado en el marco de la puerta, mirando cómo mi padre, produciendo un estridente desgarramiento, arrancaba su bata azul de la percha del baño y la estrujaba y apretaba sin piedad en uno de las bolsas. Tal vez, igual de mudos permanecieron los vecinos cristianos, apoyados en el marco de la puerta, aterrados, con la mirada fija y confusos debido a los sentimientos contradictorios, cuando fueron a sacar por la fuerza a sus vecinos judíos y los estrujaron a todos en los vagones de mercancías. Adónde llevó mi padre aquellas bolsas, si lo donó todo a los pobres de los campos de tránsito y a los damnificados de las inundaciones del invierno, sobre eso jamás me dijo ni una palabra. Al atardecer, no quedaba ni un recuerdo de ella. Sólo un año después, cuando la nueva mujer de mi padre se instaló en casa, apareció una caja con seis horquillas que de alguna forma había conseguido salvarse y había estado escondida un año entero en el oculto espacio entre la mesita y el borde del armario. Mi padre hizo una mueca con la boca y también la tiró a la basura.

Unas semanas después de que llegara la asistenta y se purificara la casa, poco a poco, mi padre y yo volvimos a tener en la cocina una especie de reunión diaria al atardecer: yo le contaba brevemente lo que había pasado en el colegio. Él me hablaba de una interesante conversación que había mantenido ese día, de pie entre las estanterías de la biblioteca, con el profesor Goitein o con el señor Rotenstreich. Intercambiábamos opiniones sobre la situación política, sobre Begin, Ben Gurión y la revuelta de los jóvenes oficiales de Muhammad Naguib en Egipto. Volvimos a colgar en la cocina una ficha donde anotábamos de nuestro puño y letra, con caligrafías que ya se parecían menos entre sí, lo que teníamos que comprar en el almacén y en la frutería, y también que teníamos que ir juntos a la peluquería el lunes por la tarde o comprarle un detalle a la tía Lilienka Bar Samka por su nuevo diploma, o a la abuela Shlomit por su cumpleaños, aunque los años que cumplía se mantenían siempre en secreto.

Al cabo de varios meses mi padre retomó la costumbre de sacarle brillo a los zapatos hasta que relucían cuando les daba la luz, afeitarse a las siete de la tarde, ponerse una camisa almidonada y una de sus corbatas de seda, mojarse un poco su cabello negro y peinárselo hacia atrás, echarse loción de afeitado y salir «a discutir un rato con los amigos» o «a consultar algún asunto de trabajo».

Yo me quedaba solo en casa, leyendo, soñando, escribiendo, tachando y volviendo a escribir. O me iba a dar una vuelta por los wadis y a comprobar de cerca, en la oscuridad, el estado de las alambradas en tierra de nadie y los campos minados a lo largo de la línea de alto el fuego que dividía Jerusalem entre Israel y el Reino de Jordania. Caminaba en la oscuridad tarareando con la boca cerrada, Ti-da-di-da-di. Ya no deseaba «morir o conquistar la montaña». Quería que todo terminase. O al menos quería abandonar para siempre la casa y Jerusalem e ir a vivir a un kibutz: dejar detrás de mí todos los libros y todos los sentimientos y vivir una vida sencilla, una vida campestre, una vida de fraternidad y esfuerzo físico.

CAPÍTULO 63

Mi madre puso fin a su vida en la casa de su hermana, en la calle Ben Yehuda de Tel Aviv, la noche, entre el sábado y el domingo, del 6 de enero de 1952, el 8 de tevet del año 5712. En Israel había entonces una discusión cargada de histeria sobre si el Estado debía o no reclamar y aceptar de Alemania indemnizaciones por la pérdida de los bienes de los judíos asesinados en la época de Hitler. Algunos estaban de acuerdo con David Ben Gurión en que no se podía permitir que los asesinos fuesen además herederos, y consideraban justo que los bienes judíos usurpados por los alemanes volvieran íntegramente al Estado de Israel y se permitiera acoger a los supervivientes del exterminio. Por el contrario, otros, con Menahem Begin, el líder de la oposición, a la cabeza, opinaban con dolor y rabia que era un crimen moral, y una profanación a la memoria de los asesinados, que el país de las víctimas fuera a vender a los alemanes un cómodo perdón a cambio de un beneficio económico impuro.

Aquel invierno, el invierno entre 1951 y 1952, hubo en todo el país lluvias torrenciales casi de forma ininterrumpida. El río Ayalón, es decir el wadi Musrara, se desbordó e inundó el barrio de Montefiore de Tel Aviv y amenazaba con anegar también otros barrios. Las grandes inundaciones causaron estragos en los campos de tránsito levantados con tiendas de campaña, barracas de uralita, barracones y carpas donde se hacinaban, por aquella época, cientos de miles de refugiados judíos que habían escapado sin nada de los países árabes, así como decenas de miles de supervivientes de Hitler del este de Europa y de los Balcanes. En algunos lugares, las aguas de las inundaciones dejaron tan aislados los campos de tránsito que volvió a acechar el fantasma del hambre y las epidemias. El Estado de Israel tenía menos de cuatro años y por aquel tiempo contaba con algo más de un millón de habitantes: casi un tercio eran refugiados pobres e indigentes. A causa de los ingentes gastos en el ejército y en la acogida de emigrantes, así como por culpa de un funcionariado excesivo y una torpe administración, las arcas del Estado estaban vacías y los servicios de educación, sanidad y asistencia social estaban al borde de la bancarrota. A comienzos de esa semana, David Horowitz, secretario del Tesoro, realizó una visita de urgencia a Estados Unidos con la esperanza de obtener en un día o dos un crédito a corto plazo por una suma de diez millones de dólares para evitar la quiebra.

Sobre todo eso hablamos mi padre y yo cuando volvió de Tel Aviv: el jueves llevó a mi madre a casa de la tía Haya y el tío Zvi y se quedó allí a pasar la noche con ella, y cuando volvió el viernes, la abuela Shlomit y el abuelo Alexander le dijeron que posiblemente me había resfriado un poco pero que, a pesar de todo, me había empeñado en ir al colegio. La abuela propuso que mi padre y yo nos quedáramos a celebrar el Shabat con ellos: le parecía que los dos estábamos incubando algún virus. Pero nosotros preferimos ir a casa. De camino desde la casa del abuelo y la abuela en la calle Praga, a la nuestra, mi padre creyó oportuno informarme con seriedad, hablando de hombre a hombre, que en casa de la tía Haya el ánimo de mi madre había mejorado al instante: el jueves por la tarde salieron los cuatro, Zvi, Haya, mi madre y mi padre, a pasar un rato en un pequeño café, a dos pasos de la casa de Haya y de Zvi, en Diezengoff esquina Jabotinsky. Al final resultó que se quedaron allí hasta que cerraron y estuvieron hablando de personas y de libros. Zvi contó todo tipo de curiosidades sobre la vida en el hospital, mi madre tenía buena cara y participó en la conversación; luego durmió durante un buen rato, pero a altas horas de la noche parece que se despertó y fue a sentarse en la cocina para no molestar a los que dormían. Por la mañana temprano, cuando mi padre se despidió de ella para volver a Jerusalem y poder trabajar unas horas en la hemeroteca, mi madre se despidió de él asegurando que no había por qué preocuparse por ella, que lo peor había pasado y que, por favor, cuidase bien del niño: cuando salieron hacia Tel Aviv le había parecido que el niño tenía un incipiente resfriado.

Mi padre dijo:

–Tu madre tenía razón en lo del resfriado, espero que también tenga razón en lo de que lo peor ya ha pasado.

Yo dije:

–Sólo me quedan unos pocos deberes: cuando los termine, ¿tendrás tiempo para pegar conmigo las estampillas nuevas en el álbum?

Casi todo aquel sábado estuvo lloviendo. Llovía y llovía sin parar. Mi padre y yo pasamos varias horas inclinados sobre nuestra colección de sellos. Mi cabeza a veces rozaba por casualidad la suya. Comparamos cada estampilla nueva con su modelo en el grueso catálogo británico, y mi padre encontró el lugar correcto en el álbum para cada una, en una serie ya formada o en una página nueva. El sábado al mediodía, nos echamos los dos a descansar, él en su sitio y yo otra vez en mi

habitación, en la cama que en los últimos tiempos se había convertido en el lecho de dolor de mi madre. Después de descansar, mi padre y yo de nuevo estábamos invitados a ir a casa del abuelo y la abuela, a comer guefilte fish bañado en una salsa dorada y rodeado por todas partes de una batería de rodajas de zanahoria cocida. Pero como nos goteaba la nariz, tosíamos y nos lagrimeaban los ojos, y como llovía a cántaros y las nubes bajas se precipitaban hacia los edificios de piedra, mi padre y yo decidimos que era mejor quedarnos en casa. Por culpa del cielo encapotado tuvimos que encender la luz a las cuatro. Mi padre estuvo un rato en su escritorio, trabajando dos o tres horas en un artículo que ya había pospuesto dos veces, con las gafas caídas casi hasta la punta de la nariz, inclinado sobre sus libros y sus pequeñas fichas. Durante ese tiempo, yo me eché a sus pies sobre la alfombra y leí un libro. Al atardecer jugamos a las damas, una vez me ganó mi padre, otra gané yo y la tercera vez acabamos el juego en tablas. Es difícil saber si mi padre hizo eso a propósito o de casualidad salió así. Comimos algo ligero, tomamos un té caliente y buscamos entre las cajas de medicinas de mi madre dos pastillas de Palgin o de APC para combatir el resfrío. Después nos fuimos a dormir y los dos nos despertamos a las seis, y a las siete de la mañana vino Tzipi, la hija del farmacéutico, a decirnos que habían telefoneado de Tel Aviv y que en diez minutos volverían a llamar, que por favor el señor Klausner fuera de inmediato a la farmacia y que su padre le había dicho que le comunicara que era bastante urgente.

La tía Haya me contó que el tío Zvi, que trabajaba de jefe administrativo en el hospital Tzahalón, llamó el viernes a un especialista del hospital, el cual se prestó a ir a su casa después del trabajo. El especialista examinó bien a mi madre, sin prisas, estuvo charlando con ella y volvió a examinarla, y al final diagnosticó que estaba cansada, tensa y algo decaída. Aparte del insomnio, no encontró ningún problema especial. Muchas veces la mente es el peor enemigo del cuerpo: no deja vivir al cuerpo, no le permite disfrutar cuando quiere disfrutar y no le permite descansar cuando suplica descansar. Si pudiésemos extirpar la mente con una pequeña operación, como se extirpan las amígdalas de la garganta o el apéndice, podríamos vivir mil años con salud y placer. La cita que tenía para el lunes siguiente en el hospital Hadassah de Jerusalem le parecía casi innecesaria a ese especialista, aunque mal no le iba a hacer. Él recomendaba reposo absoluto y evitar las emociones fuertes. Consideraba especialmente importante que la enferma saliera de casa y diera un paseo de al menos una hora o dos al día, podía incluso abrigarse bien, tomar un

paraguas y dar una vuelta por las calles mirando vidrieras, o a los chicos jóvenes y guapos, daba igual, lo fundamental era que tomase el aire. Además, el médico le recetó unos nuevos somníferos muy fuertes que, al parecer, eran aún más nuevos y más fuertes que las nuevas pastillas que le había recetado el nuevo médico de Jerusalem. El tío Zvi fue corriendo a comprarle esas pastillas a la farmacia de guardia de la calle Bugrashov, pues ya era viernes por la tarde y todas las demás farmacias estaban cerradas por el Shabat.

El viernes por la noche fueron a la casa la tía Sonia y el tío Buma, llevaron una tartera metálica con asa, que contenía sopa para todos, y compota para el postre. Las tres hermanas se apiñaron durante hora u hora y media en la pequeña cocina de Haya y prepararon la cena. La tía Sonia propuso que mi madre se hospedase en su casa, en la calle Wiesel, para aliviar un poco a Haya. Pero la tía Haya no pensaba ceder y hasta regañó a su hermana pequeña por esa extraña idea. La tía Sonia se sintió algo herida por la reprimenda, pero no dijo una palabra. Durante la cena de Shabat el ambiente fue un poco turbio debido al enfado de Sonia. Imagino que mi madre adoptó el papel que normalmente correspondía a mi padre y se esforzó por mantener una conversación fluida hasta el final de la velada. Al final de la velada, mi madre dijo que estaba cansada y se disculpó con Zvi y Haya por no tener fuerzas en esa ocasión para ayudarlos a recoger la mesa y lavar. Se tomó las nuevas pastillas que le había recetado el especialista de Tel Aviv y, tal vez para mayor seguridad, se tomó también las nuevas píldoras que le había recetado el especialista de Jerusalem. A las diez se durmió profundamente, pero a las dos horas se despertó, fue a la cocina, se preparó un café solo muy cargado y se quedó sentada hasta el amanecer en un taburete de la cocina. Justo antes de la guerra de la Independencia, en la habitación donde estaba hospedada mi madre, vivía de alquiler el oficial de Inteligencia de la Haganá Yigal Yadin, quien con la creación del Estado se convirtió en el general Yigal Yadin, jefe del Estado Mayor y responsable de las operaciones militares, pero a pesar de todo siguió viviendo en la misma habitación. La cocina en la que mi madre pasó toda aquella noche, y también la noche anterior, era, por tanto, una cocina histórica, pues durante la guerra hubo allí deliberaciones cruciales que decidieron el curso del conflicto. No hay forma de saber si mi madre dedicó un instante a pensar en eso durante aquella noche, entre una taza de café y otra. Y si pensó en ello, quién sabe si le resultaría interesante.

El sábado por la mañana les dijo a Haya y a Zvi que había decidido seguir el consejo del especialista, salir a dar un paseo de una hora por las calles y, como había ordenado el médico, mirar a los chicos jóvenes y guapos. Le pidió prestado a su hermana un paraguas y un par de botas forradas y salió a caminar bajo la lluvia. Evidentemente, no había muchos viandantes en el norte de Tel Aviv aquella mañana de sábado lluviosa y azotada por vientos húmedos. Esa mañana, el 5 de enero de 1952, se registró en Tel Aviv una temperatura de cinco o seis grados. A las ocho u ocho y media, mi madre salió de la casa de su hermana en la calle Ben Yehuda 175. Quizás cruzó Ben Yehuda y torció a la izquierda, hacia el norte, hacia la avenida Nordau. Apenas había vidrieras por el camino; sólo la lóbrega vitrina de la lechería Tnuva, en cuyo interior habían pegado, con cuatro tiras de cinta adhesiva, un anuncio verdoso en el que aparecía una pequeña campesina feliz sobre un fondo de verdes pastos y praderas, y encima de su cabeza, en el límpido cielo azul, destacaba la alegre frase: «Leche por la mañana y leche por la tarde cada día es la alegría de la vida». En aquel invierno, entre los edificios de la calle Ben Yehuda, aún había muchos descampados, restos de dunas entre una casa y otra cubiertas de ortigas y escilas muertas con miles de caracoles blancos pegados encima, y también de chatarra y basura mojada por la lluvia. Mi madre vio las filas de casas blancas en las que, tres o cuatro años después de ser construidas, ya se notaban las garras del deterioro: pintura desconchada, yeso devorado por el musgo verdoso, descascarillado y podrido, barandillas de hierro oxidadas a causa de la brisa salada del mar, balcones cerrados con tablones de contrachapado como en un campo de deportados, carteles sueltos, árboles agonizando en los patios por falta de agua que los quisiera, almacenes temblorosos construidos entre un edificio y otro con tablas viejas, uralita y lonas. Caravanas de tachos de basura, algunos volcados por los gatos callejeros, que habían desparramado todo su contenido por el suelo de cemento gris. Tendederos desde un balcón hasta el de enfrente. A veces, por la fuerza del aire se arremolinaba y se enredaba entre los tendederos ropa blanca y de color empapada por la lluvia. Mi madre estaba muy cansada aquella mañana; seguro que tenía la cabeza embotada por falta de sueño, hambre y tanto café solo y pastillas, por eso su paso era lento como el de una sonámbula que camina dormida. Quizás desde la calle Ben Yehuda, antes de llegar a la avenida Nordau, mi madre torció a la derecha, hacia la calle Bellavista, donde no había ninguna vista bella sino tan sólo casas bajas de yeso, bloques y barandillas de hierro oxidadas, y esa calle la condujo hacia la avenida Motzkin, que no era una avenida sino una calle vacía, corta y ancha, a medio construir y con una parte aún sin asfaltar y sin pavimentar, y desde Motzkin sus pies cansados la llevaron a Tahon y desde Tahon a la calle Diezengoff y allí empezó a

llover con fuerza, pero ella no se acordó del paraguas que llevaba colgado del brazo y continuó caminando con la cabeza descubierta bajo la lluvia, con su bonito bolso colgado de la hombrera del abrigo, y cruzó la calle Diezengoff hacia donde la conducían sus pies, quizás hacia la calle Zangwill y de allí al callejón Zangwill y ahora estaba realmente perdida, no tenía ni la menor idea de cómo volver a casa de su hermana y tampoco sabía por qué tenía que volver y no sabía por qué se había ido si no era para cumplir la orden del especialista que le había recomendado andar por las calles de Tel Aviv para mirar a los chicos jóvenes y guapos. Pero no había chicos jóvenes y guapos aquella mañana lluviosa de sábado, ni en la calle Zangwill, ni en el callejón Zangwill, ni en la calle Sokolov, desde donde llegó a la calle Basel, ni en Basel, ni en ninguna parte. Tal vez en ese momento pensó en el gran campo de árboles frutales que estaba detrás de la casa de sus padres en Rovno. O en Ira Steletzkaia, la mujer del ingeniero de Rovno que se quemó viva en la cabaña abandonada de Antón, el hijo de Philip, el carretero. Y tal vez en el instituto Tarbut y en el paisaje del río y del bosque. O en las callejuelas de la ciudad vieja de Praga y en su época en la universidad, y también en alguien de quien mi madre nunca nos habló a nosotros, ni a sus hermanas, ni a su buena amiga Lilienka. De vez en cuando, pasó corriendo delante de ella alguien que se apresuraba a escapar de la lluvia. De vez en cuando, se cruzó en su camino un gato al que tal vez mi madre llamó, quería preguntarle algo, intercambiar opiniones con él, o sentimientos, pedirle un sencillo consejo gatuno, pero cada gato al que se dirigía, huía asustado de ella, como si pudiera oler de lejos la sentencia a la que estaba condenada.

Al mediodía volvió a casa de su hermana y se asustaron al verla, pues estaba helada y empapada y se quejaba, como bromeando, de que en las calles de Tel Aviv no había hombres jóvenes y guapos: si se hubiese encontrado con algunos, es posible que hubiese intentado seducirlos; los hombres siempre la habían mirado con deseo y pronto, muy pronto, ya no quedaría nada que desear. Su hermana Haya se apresuró a llenar la bañera de agua caliente y mi madre se bañó, se negó a probar nada de comer porque la comida le producía náuseas, durmió dos o tres horas y al atardecer volvió a vestirse, se puso el abrigo aún húmedo, se calzó las botas, que aún estaban empapadas por el paseo de la mañana, y volvió a salir como había ordenado el especialista a buscar por las calles de Tel Aviv chicos jóvenes y guapos. Y esa vez, al atardecer, como la lluvia se había calmado un poco, las calles no estaban tan vacías y mi madre no dio vueltas en vano, sino que encontró el camino a Diezengoff esquina

avenida Kerem Kayemet y de allí a Diezengoff-Gordon y Diezengoff-Frischmann, con su bonito bolso negro colgado de la hombrera del abrigo, y vio las bonitas vidrieras y los cafés, y contempló lo que Tel Aviv consideraba una vida bohemia, pero todo le pareció usado, ajado y triste como la imitación de una imitación de algo que ya en el original era mísero y pobre. Todo le pareció necesitado y digno de compasión, pero su compasión se había acabado. Al ponerse el sol volvió a casa, también en esa ocasión rechazó la comida, se tomó un vaso de café solo y luego otro, se sentó a ojear un libro que cayó boca abajo a sus pies cuando sus ojos se cerraron y, durante diez minutos, al tío Zvi y a la tía Haya les pareció oír unos ligeros ronquidos arrítmicos procedentes de su silla. Luego se despertó y dijo que debía descansar, que tenía la sensación de que el especialista que le había recomendado caminar cada día unas horas por las calles de la ciudad tenía razón, y tenía la sensación de que esa noche se acostaría temprano y por fin conseguiría dormir profundamente. A las ocho y media, su hermana le preparó de nuevo la cama, le cambió las sábanas y metió una bolsa de agua caliente debajo del edredón, pues las noches eran muy frías y justo a esa hora empezaba otra vez a llover y la lluvia golpeaba con fuerza las persianas. Mi madre decidió dormir vestida esa noche y, para asegurarse de que no volvería a despertarse y a pasar otra noche de tormento en la cocina, se sirvió un té del termo que le había dejado su hermana a la cabecera de la cama, esperó a que se enfriase un poco y, cuando se enfrió, se tomó con el té sus pastillas para dormir. Si hubiera estado allí a su lado, en aquella habitación que daba al patio trasero en la casa de Haya y Zvi, en ese momento, a las ocho y media o nueve menos cuarto de aquel sábado, habría intentado con todas mis fuerzas explicarle por qué no debía. Y si no hubiera conseguido explicárselo, habría hecho cualquier cosa por inspirarle compasión, para que se apiadase de su único hijo. Habría llorado y habría suplicado sin ninguna vergüenza y habría abrazado sus piernas y tal vez hasta habría fingido un desmayo o me habría pegado y arañado hasta hacerme sangre como la había visto hacer a ella en momentos de desesperación. O me habría lanzado sobre ella como un asesino, sin dudarle le habría dado un puñetazo en la cabeza. O la habría golpeado con la plancha, que estaba en una repisa en un rincón de la habitación. O habría aprovechado su debilidad para echarme sobre ella, atarle las manos a la espalda y arrebatarle todas sus píldoras cápsulas pastillas soluciones sustancias y jarabes. Pero no me dejaron estar allí. Ni siquiera me dejaron ir al funeral. Mi madre se durmió sin ninguna pesadilla y sin ningún insomnio y al amanecer vomitó y volvió a dormirse vestida y, como Zvi y Haya empezaron a sospechar algo, un poco antes de la puesta de sol llamaron a una ambulancia y dos camilleros la levantaron con delicadeza para no perturbar su sueño, pero tampoco en el hospital quiso

obedecerles y, a pesar de que intentaron por todos los medios perturbar su placentero sueño, ella no hizo caso a nadie, tampoco al especialista del que había aprendido que la mente es el peor enemigo del cuerpo, y no se despertó por la mañana, tampoco cuando clareó el día y entre las ramas del ficus del jardín del hospital, el pájaro Elisa la llamó sorprendido y la llamó de nuevo y la llamó en vano y pese a todo lo intentó una y otra vez y aún sigue intentándolo a veces.

Arad, diciembre de 2001.